

Reflexiones en torno a la política comunicacional en Cuba

Reflections about the Communication Policy in Cuba

Yoiner Díaz Rodríguez¹

Maricarmen Tornés Bernal²

Leodanis Torres Barrero³

Resumen: La defensa de la identidad nacional en el contexto cubano actual, matizado por una incisiva guerra mediática que pretende desvirtuar nuestros valores, demanda del concurso de los medios de difusión masiva y, además, de una acertada política de promoción institucional. Es inaceptable que Cuba siendo un país que posee un sistema institucional bien articulados, que garantiza el desarrollo y la promoción de nuestros valores identitarios, así como una elevada nómina de intelectuales reconocidos en toda la geografía mundial, adolezca de espacios para el diálogo, el debate, la crítica y la problematización abiertas de nuestro ethos sociocultural. Aun cuando se evidencia cierta “apertura” desde los medios de difusión y las instituciones que favorecen el debate crítico, persiste el criterio dentro de los intelectuales y artistas cubanos con respecto a la necesidad de profesionalizar e institucionalizar la crítica en nuestro país. Nuestro objetivo es llamar la atención sobre la necesidad de que se creen y promuevan espacios para el ejercicio de la crítica en defensa de nuestra identidad nacional. Esperamos sobre todo que se multipliquen en los medios de difusión masiva y las instituciones la presencia de espacios que estimulen el debate y la polémica, que es también una manera efectiva de promocionar y perfeccionar nuestra sociedad y nuestra cultura. No queda otra alternativa que favorecer la crítica como lo que es, “arte dentro del arte”, si queremos transformar nuestra realidad y pluralizar sus accesos.

Palabras clave: Crítica; identidad nacional; medios de comunicación; cultura; instituciones.

Abstract: The defense of our national identity in the current context, nuanced by an incisive media war that seeks to distort our values, demands the competition of the mass media and, in addition, a successful policy of institutional promotion. It is unacceptable that Cuba, being a country that has a well-articulated institutional system, which guarantees the development and promotion of our identity values, as well as a high list of recognized intellectuals throughout the world, lacks spaces for dialogue, debate, open criticism, and problematization of our sociocultural ethos. Even when there is evidence of a certain “openness” from the media and the institutions that favor critical debate, the criterion persists within Cuban intellectuals and artists regarding the need to professionalize and institutionalize criticism in our country. We aim to draw attention to the need to create and promote spaces to exercise criticism in defense of our national identity. Above all, we hope that the presence of spaces that stimulate debate and controversy will multiply in the mass media and institutions, which is also an effective way of promoting and improving our society and our culture. There is no other alternative than to favor criticism for what it is, “art within art,” if we want to transform our reality and pluralize its accesses.

Keywords: Criticism; National Identity; Media; Culture; Institutions.

1. UNIVERSIDAD DE HOLGUÍN, CUBA. yoiner@uho.edu.cu
2. UNIVERSIDAD DE HOLGUÍN, CUBA. maribernal1991@nauta.cu
3. UNIVERSIDAD DE HOLGUÍN, CUBA. ltorrest@uho.edu.cu

Suggested Citation (APA, 7th edition)

Díaz Rodríguez, Y., Tornés Bernal, M., & Torres Barrero, L. (2022). Reflexiones en torno a la política comunicacional en Cuba. *Espergesia*, 9(2), 79-87. <https://doi.org/10.18050/rev.espergesia.v9i2.2354>



1. Introducción

La sociedad actual demanda cada vez más información en correspondencia con el desarrollo que han alcanzado en los contextos económico, político, científico, tecnológico, social, industrial, entre otras; dígase del aparato rector que regula las transformaciones de nuestra evolución histórica. A los medios de difusión masiva les corresponde brindar esa información y a los públicos, el derecho de conocerla, sobre todo, porque “el conocimiento y la verdad no son exclusivos de un sector de la sociedad” (Terrero, 2009, p. 70); pero no cualquier información, sino “información de calidad, información veraz y contrastada” (Villanueva, 2001) que se corresponda con un proceso informativo con apego a la verdad.

De igual forma, la fiabilidad de la información en cuanto a la objetividad del saber deviene en un nivel de la construcción de la realidad desde los medios de comunicación en la cual se establecen los cimientos de la valoración de la credibilidad de la información obtenida y de las fuentes que las transmiten. Para el intelectual Ignacio Ramonet (2005), cada vez más ciudadanos toman conciencia de esos nuevos peligros y se muestran sensibles con respecto a las manipulaciones mediáticas, convencidos de que “en nuestras sociedades hipermediatizadas vivimos paradójicamente en un estado de inseguridad informativa”. La información prolifera, pero sin ninguna garantía de fiabilidad. Ello se debe a que los poderes se han propuesto como fin “controlar la opinión pública, e intentar generar un entorno de pensamiento único” (Fernández, 2016).

Más allá de los modelos ideológicos y de financiación, “cualquier iniciativa encaminada a situar la comunicación como recurso estratégico de desarrollo resultará fallida si no puede llevarse a cabo en un escenario de apertura, pluralismo, tolerancia informativa y participación ciudadana” (Sosa Valcárcel et al., 2019, p. 10), lo que implica democratizar la comunicación y, por ende, la sociedad. Se trata de proponer nuevas pedagogías y espacios de comunicación que posibiliten la educación de los sujetos en derechos comunicativos, así como un equilibrio entre los actores que definen el triángulo clásico en la comunicación política: medios, política y ciudadanía.

Visto así, la realidad sociocultural de Cuba demanda de una articulación o epistemología de conocimientos para su comprensión crítica. Como quiera que se mire, el conocimiento se tiene que construir de forma tal que sea congruente con las exigencias de la práctica sociocultural y el ejercicio consciente de la crítica. Por lo tanto, significa trascender los límites del pensar y el hacer en el arte y la política, la ciencia y las costumbres, porque “¿qué es pensar sin obrar, decir sin hacer, desear sin querer?” (Martí, 1975, 6, p. 272); obviamente, “pensar y hacer requiere esfuerzo y disciplina...” Pensar no es pensar sobre algo: es facultad creadora, una praxis teórica. De su realización emerge el pensamiento propio. Pero “elaborar pensamiento propio no es habitual. Requiere ahuyentar miedos inquisitoriales, despojarse de la autocensura.... Es crítica al poder, diálogo, participación, ética política y compromiso social” (Roitman Rosenmann, 2009, p. 24).

2. Desarrollo

Cuba muestra hoy un panorama sombrío con relación al diseño y gestación de espacios comunicológicos que favorezcan el diálogo y la crítica responsables. Las brechas de la comunicación en Cuba, se deben particularmente a la existencia de un escenario sociopolítico que no se proyecta por el debate abierto e inclusivo desde los marcos institucionales y en los medios de comunicación oficiales. Y también, como puntualizó Machado (2009), tiene que ver con “la responsabilidad de los cuadros de dirección en todos los niveles” (Machado, 2009, p. 72), porque de la calidad del criterio de estos y su formación cultural, por supuesto, dejando de lado su honestidad, depende en gran medida el espacio de crítica, y la capacidad de responder, y que la sociedad pueda tener esa higiene continua de pensamiento y de acción, gracias a que “la crítica pueda cumplir una función de orientación, de limpieza no solo hacia adentro, sino también hacia afuera...” (Machado, 2009, p. 72). De ahí que resulte necesario abrir mayores espacios a la crítica, en el plano sociopolítico,

sobre todo. Se debe recordar que ...la comunicación es un proceso sociocultural y desde esta perspectiva debe entenderse. La subjetividad y la actuación del periodista [o de cualquier profesional de los medios de comunicación], sus formas de apreciar la realidad están condicionadas, dependiendo de su propia experiencia, además, por las decisiones de los sujetos políticos que ejercen el poder donde habita (Torres Barrero et al., 2021, p. 17).

Lo recomendable es crear propuestas inteligentes que estimulen un debate respetuoso en los medios de comunicación en defensa de nuestra identidad pues, la buena crítica le hace ver a la gente cómo se tiene que apreciar una determinada cosa, cómo son los contenidos reales, qué es lo que pesa, qué es lo que aporta... Es una orientación, ya de hecho se está planteando una posición hacia algo (Peña Pupo, 2016, p. 2). Si la identidad nacional es el blanco de la guerra cultural es preciso estimular y propiciar en la ciudadanía el pensamiento crítico con sentido ético y cultural, entrenarla para su capacidad de discernimiento y, sobre todo, convocarla “con la cultura y la historia cubanas y, en primer lugar, con la vida y el pensamiento paradigmáticos de José Martí» (Bellido, 2001, p. 60).

La cultura debe entenderse no solo como la tradición necesaria y provechosa que nos permite “conservar la identidad de lo que somos” (Bellido, 2001, p. 35), sino también, como una expresión de la capacidad de creación que caracteriza al hombre como sujeto social. Es cierto que implica una influencia emocional mutua, pero también caracteriza las particularidades de la conducta, la conciencia y la actividad de los hombres en esferas concretas de la vida social (cultura del trabajo, cultura del modo de vida, cultura artística, cultura práctica), no en vano constituye objeto de múltiples disciplinas que configura la creciente necesidad de ser abordada en nuestro contexto desde un enfoque multidisciplinario. En estas circunstancias concretas de la historia de Cuba, que es una historia nunca terminada, nunca cerradamente hecha, “el papel de todo pensamiento es precisamente el de ser previsor, es decir, el de anunciar” (Figarola, 2012, p. 83). Los derroteros de este enfoque de cultura no se deslindan del destino de Cuba, hoy bajo el dominio hegemónico cultural de los centros occidentales de poder, pero también de posturas internas que favorecen a veces de manera consciente –quizás intencionada– la mediatización de un discurso pseudocultural en el que subyacen el culto a la banalidad y la mediocridad. Todo ello requiere el debate y la acción oportuna partiendo de la cubana.

Entre los acuerdos derivados del VIII Congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) celebrado en 2014, los intelectuales cubanos hicieron un llamado a “usar nuestra cultura y lo mejor de la universal para enfrentar de forma inteligente la oleada colonizadora...”, reforzando la presencia de jerarquías culturales en medio de la confusión reinante y “...alentar la crítica especializada en este campo” (citado por Estrada, 2015, p. 5), una posición en plena sintonía con los Objetivos de trabajo derivados de la Primera Conferencia Nacional del Partido Comunista de Cuba, en enero de 2012, donde se establece como premisa “desarrollar la crítica... franca y abierta”, con énfasis en las insuficiencias y virtudes de la obra cultural, de manera que contribuya a elevar su calidad, preservar nuestra identidad y respetar las tradiciones.

Cómo se entiende entonces que, áreas como el deporte, los medios, la cultura, el sector empresarial, (y por extensión la vida misma) aunque muestran tímidos intentos por reactualizarse, en la marea de la (insuficiente) renovación económica, padecen la persistencia de “una mentalidad conformista, torpe, subdesarrollada, y claro está, constituyen un reflejo de viejas ataduras a disposiciones y prejuicios” (Zamora, 2015). Frente a esto, es lícito destacar que, para cultivarse espiritualmente con mayor libertad, “un pueblo necesita estar exento de la esclavitud de sus propias necesidades corporales (Marx, 1962, p. 6)”, no ser ya siervo del cuerpo. Se necesita que, ante todo, le quede tiempo para poder crear y gozar espiritualmente. Es comprensible entonces la persistencia de los investigadores de las ciencias sociales y humanísticas en querer continuar sumergiéndose desde

todas las posibilidades que ofrecen estas disciplinas, en la comprensión y reconstrucción de la sociedad, como parte de esa intensa búsqueda y del ejercicio de pensar la nueva realidad sociocultural con mirada crítica.

Sigue siendo válida, y por tanto con plena vigencia en los momentos actuales, la definición martiana sobre la crítica: “Creo que la crítica es el examen: sin que obligue a la severidad ni la censura...” (Martí, 1975, 15, p. 90); “es sencillamente y hasta en su acepción formal –en su etimología– es eso, el ejercicio del criterio” (Martí, 1975, 19, p. 366). Efectivamente, como señala Graziella Pogolotti, debemos hablar de un proceso de “vulgarización de lo que se entiende por crítica. De algún modo acostumbramos a pensar que criticar es hablar mal de algo, o que el crítico es una especie de juez que establece veredictos de lo bueno o lo malo” (Cfr. Díaz Torres; Machado; Ortega; Terrero, y Hernández, 2009, p. 75), sin siquiera advertir que, la crítica ha contribuido históricamente a enriquecer y perfeccionar nuestra realidad.

Con más motivo, análisis e investigación son la base del ejercicio crítico que necesitamos en todos los planos de la vida. La crítica no es un péndulo que se mueve entre la descalificación tajante y el elogio desmedido. En cierto modo, enseña a pensar (Pogolotti, 2015, p. 2). Busca claves para desentrañar verdades, apremiada por las exigencias del presente, en medio de la laberíntica complejidad de la vida. Se considera legítima esta definición para comprender la necesidad de someter a examen, desde las particularidades del método marxista, la sociedad cubana como objeto de estudio.

Si bien se ha llegado a un consenso en la determinación de su verdadera función social (orientadora, emancipadora, cognoscitiva, axiológica, ideológica, estética, entre otras), delimitar y fundamentar su pertinencia en cuanto a su pertinencia, la esencia de su existir (acceso a la información), será siempre campo abierto a la discusión entre estudiosos y cultivadores, cuestión que desde disímiles ópticas constituye una asignatura pendiente. Zamora (2015) señala que “[...] nuevos aires que, lenta y retardadamente recorren la isla se ha intentado subrayar en foros de carácter político y de la intelectualidad la necesidad de una crítica eficiente, real, profunda, incisiva, que desmonte procesos y procedimientos de la vida cotidiana”. El ejercicio crítico, a manera de válvula de escape u espacio de catarsis, queda limitado para las mayorías en términos de acceso (intelectual y de filiación), constreñido a foros gremiales, programas y publicaciones especializadas y por ende vedado a los amplios y potenciales sectores de dinamización de la realidad.

Algunos intelectuales coinciden en la necesidad impostergable de crear espacios en los medios de difusión masiva donde ejercer la crítica, algo que, indudablemente, dinamizará la realidad sociocultural de Cuba. Se precisa, además, “fomentar los espacios de debate y encuentro a todo nivel” (León, 2013; como se citó en González Pazos, 2020, p. 30), estimular iniciativas sociales e individuales, catalizar propuestas y consensos, delegar decisiones y fijar normativas regulatorias, entre otros. De igual forma, “es fácil toparse con intelectuales que asumen una concepción pragmática del mundo, sometida a los requerimientos del poder político” (Roitman Rosenmann, 2009, p. 24). Operan al margen de la creación intelectual social-conformismo versus praxis teórica. El ejercicio de la praxis teórica exige una relación, un diálogo y una complicidad como base para desplegar las potencialidades del juicio reflexivo.

Aún, cuando algunos osados publican en medios alternativos trabajos admirables por su rigor teórico y metodológico, un hecho apreciable hoy, en medio de tensiones en el orden sociopolítico en una sociedad que pide a gritos el impostergable diálogo nacional, hay que hablar de un estatismo intelectual, y esto se debe a tres obstáculos principales: “la falta de información, el desconocimiento, y el temor al cambio; y cuando ese temor está en la estructura del poder, se frena el acceso a determinado volumen de información” (Terrero, 2009, p. 74); quiérase o no, “el miedo paraliza las mejores iniciativas” (James Figarola, 2012, p. 21).

Esta ausencia de espacios en los medios de comunicación oficiales que privilegien el ejercicio de la crítica está condicionado por un elemento histórico objetivo: el miedo a la censura y a la presión internacional, básicamente lo que dirían los grupos de presión radicados en el extranjero, ha generado un mecanismo de autocensura (autorregulación dirían otros) que ha operado al interior de la estructura del poder político en Cuba; aunque en la sociedad cubana en general y, particularmente, en la intelectualidad y el ámbito académico el diálogo crítico ha estado ahí, aunque ese diálogo no se vea (Díaz Torres et al., 2009, p. 76), debido a la “centralización de los medios de difusión, y mientras esto suceda, la crítica va a estar obstruida y se convierte en una quimera” (Ortega, 2009, p. 78). Como consecuencia, muchos contemporáneos han sufrido la censura de funcionarios cuya política institucional los ha forzado a una dialéctica del ostracismo. De hecho, se quiera o no, la práctica social exige una razón que explique la realidad de nuestra identidad nacional, sus matices, aciertos y desaciertos, insuficiencias y límites, sin arbitrariedades gnoseológicas y mutilaciones conceptuales.

Es cierto que cuando la crítica aparece rara vez llega a todos, por lo tanto, su influencia sobre el público es imperceptible, y mucho menos lleva en sí los atisbos de una crítica revolucionaria, transgresora y problematizadora. No obstante, una reflexión crítica en torno a nuestra realidad sociocultural y nuestra identidad es la base para el trazado de nuevas estrategias que garanticen su protección frente a la manipulación y contaminación externas a la que está expuesta, pero también ante la mediocridad y vulgarización internas y las relaciones de poder que se establecen en sus procesos esenciales.

Por lo tanto, es imprescindible estimular la complejización estructural del campo intelectual cubano desde propuestas atractivas pensadas para favorecer un incremento en el proceso de producción, circulación y consumo de ideas, categorías y concepciones estéticas y filosófico-culturales afines a las necesidades humanas de nuestra época. Urge, además, multiplicar nuestros proyectos que es multiplicar nuestros sueños y aspiraciones; multiplicar los deseos de hacer cultura y de apostar por ella, deber ser un objetivo inmediato, pero ello será una realidad posible si todos los involucrados en esta aventura, contribuyen al desarrollo sociocultural: “ver trabajar a todos es más bello que ver pensar a uno” (Martí, 1975, 12, p. 433).

En Cuba existe un potencial intelectual capaz de efectuar un ejercicio de autoconciencia de la necesidad de espacios institucionales para el desarrollo de la cultura crítica y el debate en consonancia con una acertada práctica social. No obstante, pocas veces se han aprovechado las coyunturas históricas donde el debate cultural ha sido intenso y ha contado con exponentes de alto calibre. En este sentido, Leonardo Padura advierte que “...nos hemos acostumbrado a vivir sin crítica o a hacer pasar por crítica la alabanza” por razones diversas (superficialidad, motivaciones extra-artísticas-políticas, por ejemplo, amiguismo...), casi nos hemos acostumbrado a esa ausencia de juicios fundados y a vivir sin ellos, pues, “esa falta de crítica, de diálogo, de debate, es una enfermedad de la sociedad cubana en todas sus esferas (Citado por Jiménez, 2005, p. 47). Ese diálogo es base para la aprehensión de los fundamentos gnoseológicos de los diferentes sujetos implicados, “el diálogo sólo tiene estímulo y significado en virtud de la creencia en el hombre y en sus posibilidades [...]” Quien dialoga lo hace con alguien y sobre algo. Este algo debe ser [...] lo que defendemos” (Freire, 1973).

Como respuesta ante a la limitada existencia de espacios institucionales y en los medios de comunicación oficiales para la polémica y el debate enriquecedor, la intelectualidad cubana se ha apoderado de las potencialidades de Internet con sus plataformas para desarrollar sus críticas; incluso muchos han personalizado plataformas (blogs, Facebook, YouTube, entre otras) donde dirigen la mirada a zonas específicas de nuestra realidad sociocultural que requieren ser tratadas con objetividad y transparencia. Resulta “penoso que muchas de las críticas más sensatas, responsables y lúcidas, sobre la base del respeto, de lo que está sucediendo, estén hechas por personas que viven

fuera de Cuba” (Ortega, 2009, p. 78). El problema está en la necesidad de una Ley de Prensa en nuestro país que establezca un marco normativo donde la “libertad de expresión no sea patrimonio de unos pocos”, que ponga coto a la manipulación y la mentira como mecanismo de acción política desde los medios de comunicación y que desarrolle medios y políticas públicas que garanticen el pluralismo y la diversidad (Serrano, 2016, citado por González Pazos, 2020, p. 29).

El acceso de la ciudadanía a los nuevos escenarios tecnológicos favorece la socialización e interacción comunicológica con carácter sistémico (García Rodríguez, 2018, p. 248). De hecho, cada vez es más creciente la presencia de ciudadanos que realizan la crítica desde sus perfiles en las diferentes redes sociales virtuales. La socialización de estos espacios aparece como una alternativa frente a la ausencia de estos en los medios de comunicación oficiales, no obstante, su alcance en nuestro contexto continúa siendo limitado por razones obvias, de infraestructura tecnológica, de política estatal y, por qué no, de mentalidad.

Al respecto, el sociólogo español Manuel Castells (2009) ha dicho que ...si la batalla primordial para la definición de las normas de la sociedad y la aplicación de dichas normas a la vida diaria gira en torno al moldeado de la mente, la comunicación es fundamental en esta lucha, ya que es mediante la comunicación como la mente humana interactúa con su entorno social y natural. Este proceso de comunicación opera de acuerdo con la estructura, la cultura, la organización y la tecnología de comunicación de una determinada sociedad. Y asevera: “El proceso de comunicación influye decisivamente en la forma de construir y desafiar las relaciones de poder en todos los campos de las prácticas sociales, incluida la práctica política” (p. 24).

Por tanto, si la crítica constituye un elemento determinante en las formaciones sociales de los individuos, también es esencial que esta sea abierta y plural, pues constituye tarea primerísima que ayude al avance nuestra sociedad. La crítica, como bien señala el realizador y crítico de cine Daniel Díaz Torres, si “no incide sobre la realidad, de alguna manera, en la posibilidad del cambio, se convierte en algo cosmético, que no tiene razón de ser” (Díaz Torres, 2009, p. 78). Espinosa (2014) argumentó que se impone hoy la necesidad de una crítica sociocultural hacia dentro desde una manera reflexiva y “no pensar que siempre se escribe con el fin de atacar sino con la esperanza de que al menos estas líneas sirvan para pensar y accionar”. Somos conscientes que, fundando nuevos escenarios para el ejercicio libre y abierto del criterio, al alcance de todos, se crea una oportunidad para someter a examen nuestra realidad, pero se necesita del concurso de todos los actores sociales (Estado, instituciones, medios de comunicación, entre otros) para ejercer como ciudadanos el criterio. Por cierto, tanto las instituciones como los medios de comunicación oficiales tienen funciones sociales bien definidas. En el caso particular de los *mass media* ellos tienen el poder de influir en la manera en que las personas perciben la realidad social. A través de sus productos mediáticos, los medios de comunicación masiva imponen una agenda u orden del día, una lista de temas jerarquizados según criterios de importancia. Transmiten información y opiniones con las que los ciudadanos forman sus juicios y toman decisiones (Fernández, 2009, p. 27).

No obstante, “los medios deben convencernos de que aciertan con su selección y no mienten” (Serrano, 2011, p. 25). Es cierto que “han aumentado su rol de intermediarios entre instituciones del Estado y la gente, procesan la inconformidad de la ciudadanía, sensibilizan socialmente frente a intervenciones estatales en ciertas situaciones y llegan incluso a ser factores determinantes de la gobernabilidad local o nacional” (Martín Barbero & Rey, 1999, p. 56). Esto se debe, a que, “rápidamente, antes de que podamos racionalizar de forma serena lo sucedido, se encargan de proporcionarnos la interpretación, aprovechan nuestra convulsión para ofrecernos su lectura del mundo [y de la realidad]” (Baudrillard, 2003, citado por Serrano, 2011, p. 27).

A los supuestos efectos erosionadores que pueda generar falsedad de los valores reales de nuestra identidad nacional –cualquiera sea la fuente de dónde provenga– hay que enfrentarle una cultura

auténtica porque “lo cultural auténtico ayuda al triunfo de los sentimientos de justicia e igualdad. Lo cultural es un valladar contra el predominio de las leyes de la selva” (Bellido, 2001, p. 61). Corresponde ser receptivos y asimilar el disenso, pero también luchar contra los vilipendios que suelen acompañar a deprimentes discursos apologéticos y triunfalistas, la ignorancia, la pereza mental, y las conciencias dormidas presas del esquematismo, y sobre todo la torpeza del funcionario de hoy que en sus relaciones de poder hace tábula raza tanto en figuras como procesos esenciales de nuestra realidad sociocultural. Tanto la ausencia de crítica, como aquella que se realiza distante de la sociedad o fuera de ella, como en el “funcionario que no abre caminos revolucionarios” para el desarrollo sociocultural, están los obstáculos “frente a las necesidades del cambio social” (Martínez Heredia, 2001, p. 27).

La necesidad de establecer y visibilizar en los medios de comunicación oficiales un proceso de diálogo nacional inclusivo se articula con nuestras aspiraciones: lograr una conciencia crítica de nuestros problemas pues sin ella es difícil aspirar a la formación de un hombre con conciencia colectiva. Para que haya verdadera conciencia colectiva tiene que haber un florecer de la individualidad. “Ningún autoritarismo propicia el desarrollo de la conciencia individual y, por tanto, tampoco, de la conciencia colectiva crítica” (Bellido, 2001, p. 63); sobre todo, porque llegar a las instituciones y a los medios de comunicación oficiales y hablar sobre asuntos muchas veces soslayados del debate institucional desde una visión crítica en un acto de apropiación abierta de los recursos y el alcance social de los medios, es contribuir al crecimiento espiritual y la autoconciencia de la colectividad. Se trata de recuperar el valor metodológico del constante diálogo entre historia, cultura y nación. De ahí que el debate político sea también una conjunción de representaciones e intereses, dada la exigencia de la comunicabilidad con el público. Es menester que el ciudadano quede motivado a participar de estos espacios. Hay que confiar en la “capacidad cultural de los hombres como sujetos para comprender su realidad y transformarla sin autoritarismos ni paternalismos” (Bellido, 2001, p. 62).

Ahora bien, concientizarse de la necesidad de problematizar la sociedad cubana, de defenderla de supuestos obreros y abanderados, significa comprender la urgencia creciente de la promoción y difusión totalizadora de sus elementos identitarios. Hablamos de aprehender la realidad en su dimensión exacta, en aras de desarrollar no una realidad alternativa sino de vislumbrar los obstáculos que impiden su realización y desarrollo espontáneos. No en vano “en este panorama sombrío la cultura tiene mucho que decir y hacer, en defensa de su propia existencia” (Pupo, 2009, p. 230) y como fundamento para “promover el debate crítico, diseñar sueños y, por qué no, utopías” (Pogolotti, 2002, p. 112).

3. Conclusiones

La iniciativa de crear nuevas oportunidades para el ejercicio abierto de la crítica también cumple con un anhelo martiano: estimular el pensamiento crítico, creativo y esperanzador que gravite hacia la transformación de la sociedad como espacio sociocultural. Porque Martí deseaba que los cubanos fuésemos “hombres que digan lo que piensan”, y lo digan bien: “hombres elocuentes y sinceros” (Martí, 1975, 18, p. 459). En cambio, a todos corresponde un accionar, poner en “duda la línea informativa de los [...] medios de comunicación” (Serrano, 2011, p. 12) oficiales y de las instituciones desde “una cultura crítica, de la sospecha” (Pupo, 2010, p. 46). Es por ello que estar percibidos depende mucho de cuánto estemos informados, ahí es donde los medios de comunicación oficiales y las instituciones tienen que cumplir sus funciones sociales: brindar información relevante, útil y oportuna, con el máximo de objetividad; “opinar sobre asuntos que requieran orientación y esclarecimiento” (García Luis, 2013, p. 31). A fin de cuentas, si limitamos el acceso abierto a la información limitamos el ejercicio de la crítica.

Es nuestra responsabilidad no ser más ciudadanos que ya no deciden autónomamente, aquellos a los que Pascual Serrano (2011) define como consumidores pasivos de información y [que alienta a] que se incorporen a la ciudadanía crítica, desconfiada de los medios [y de las instituciones y sus políticas comunicacionales], “que quieren conocer la verdad para ser en realidad libres” (p. 12). En este contexto, como señala Manuel Castells (2009), sin traspasar las barreras organizativas y tecnológicas que estructuran la información y la comunicación socializada, “hay pocas esperanzas de que se produzca un cambio que permita una resistencia efectiva a los poderes establecidos” (p. 262).

Dotar de rigor científico y metodológico a la polémica y la crítica sociocultural y problematizar desde bases científicas y filosóficas la producción y difusión totalizadora de la cultura en todos los escenarios comunicológicos e institucionales posibles, constituye una problemática de urgencia creciente. Y, sobre todo, porque urge someter a crítica al determinismo econométrico y tecnocrático del pensamiento anquilosado que vuelven la sociedad y la cultura en zonas de silencio.

Author contributions

Yoiner Díaz Rodríguez: Conceptualization, Supervision, Methodology, Investigation, Writing The Original Draft, Review, and Editing.

Maricarmen Tornés Bernal: Conceptualization, Methodology, Writing The Original Draft, Review, and Editing.

Leodanis Torres Barrero: Conceptualization, Supervision, Investigation, Review, and Editing.

Conflicto de intereses

El autor admite que este estudio no presenta conflictos de intereses.

4. Referencias

- Acosta de Arriba, R. (2001). *El signo y la letra. Ensayos sobre literatura y arte*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello (CIDCCJM).
- Baudrillard, J. (2003). *Power Inferno*. Editorial Arena Libros.
- Serrano, P. (2011). *Desinformación. Cómo los medios ocultan el mundo*. Editorial José Martí.
- Bellido Aguilera, R. (2001). *Imaginario de la esperanza*. Ediciones Holguín.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza Editorial, S. A.
- Díaz Torres, D.; Machado, R. J.; Ortega, P.; Terrero, A.; y Hernández, R. (2009). Controversia: ¿Para qué sirve la crítica? *Temas*, 60, octubre-diciembre.
- Espinosa García, R. (2014). *De la maldición a los subterfugios e indiferencias: La distorsión de la política cultural desde las prácticas institucionales de la literatura en Granma* (Material Inédito).
- Estrada Betancourt, J. L. (2015). Tiempo de alianzas. *Juventud Rebelde*, 20.
- Fernández Rojas, A. J. (2009). *Análisis del tratamiento periodístico de una crisis internacional: el diario El Tiempo frente al conflicto colombo-ecuatoriano de marzo de 2008* (Tesis de Grado, Universidad Sergio Arboleda, Colombia).
- Fernández, J. (2016). ¿Quién controla y financia los medios de comunicación que nos informan? *El Salmón Contracorriente*, 26 de octubre. <http://www.elsalmoncontracorriente.es/?Quien-controla-y-financia-los>
- Freire, P. (1973). *La educación como práctica de la libertad*. Editorial Siglo XXI.

- García Luis, J. (2013). *Revolución, socialismo, periodismo: La prensa y los periodistas cubanos ante el siglo XXI*. Editorial Pablo de la Torriente.
- García Rodríguez, K. (2018). *Entre palabras, gestos y emociones*. Editorial Científico-Técnica.
- González Pazos, J. (2020). *Medios de comunicación: ¿al servicio de quién?* 1a ed. CLACSO
- James Figarola, J. (2012). *El ser y la historia*. Ediciones Santiago.
- Jiménez, M. (2005). Criticar o alabar: el dilema de la crítica musical en Cuba. *Clave* (3).
- León, O. (Coord., 2013). *Democratizar la palabra. Movimientos convergentes en comunicación*. ALAI-Agencia Latino Americana de Comunicación.
- Martí, J. (1975). *Obras Completas*. Editorial de Ciencias Sociales.
- Martín Barbero, J., & Rey, G. (1999). *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*. Gedisa.
- Martínez Heredia, F. (2001). *El corrimiento hacia el rojo*. Editorial Letras Cubanas.
- Marx, C. (1962). *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Editorial Grijalbo.
- Partido Comunista de Cuba (2012). *Primera Conferencia Nacional. Objetivos de trabajo*. Editora Política.
- Peña Pupo, E. (2016). *La crítica literaria en La Gaceta de Cuba en el año 2015 desde una perspectiva periodística* (Trabajo de Diploma, Universidad de Holguín).
- Pogolotti, G. (2002). Una cartografía del siglo XXI. *Temas* (31), octubre-diciembre.
- Pogolotti, G. (2015). Periodismo y cultura. *Juventud Rebelde*, 14 de marzo.
- Pupo P., R. (2010). *La filosofía, los saberes emergentes y sus desafíos en el siglo XXI*. (Curso de postgrado). Universidad de la Habana, Cuba.
- Pupo, R. (2009). Praxis, enajenación, cultura. En Colectivo de Autores, *Filosofía Marxista II*. Editorial Félix Varela.
- Ramonet, I. (2005). Medios de comunicación en crisis. *Le Monde Diplomatique*.
- Roitman Rosenmann, M. (2009). *Pablo González Casanova: de la sociología del poder a la sociología de la explotación*. Ediciones CLACSO.
- Serrano, P. (2011). *Desinformación. Cómo los medios ocultan el mundo*. Editorial José Martí.
- Serrano, P. (2016). *Medios democráticos. Una revolución pendiente en la comunicación*. Editorial Akal
- Sosa Valcárcel, A.; De Aguilera Moyano, M. y De la Noval Bautista, L. A. (2019). Sistema de comunicación, poder y socialismo: el caso de Cuba. *El profesional de la información*, 6 (28). <https://doi.org/10.3145/epi.2019.nov.16>
- Torres Barrero, L., Enamorado Rodríguez, A., y Galán Rizo, R. (2021). La construcción del modelo de comunicación del discurso periodístico. *Revista Científica de Educación y Ciencias Sociales (RECIECS)*, 2(1), <https://revista.unes.edu.mx/index.php/rcecs>
- Vidal Valdés, J. (2002). *Medios y públicos: Un laberinto de relaciones y mediaciones. Estudio sobre los efectos y la recepción de los mensajes mediáticos*. Pablo de la Torriente.
- Villanueva, E. (2002). Medios en condiciones de crisis. La ética periodística, ausente. *Sala de Prensa*, 2(36).
- Zamora López, H. F. (2015). ¿Criticar, are you sure? *Esquife*.